

# La globalización: consecuencias humanas

Zygmunt Bauman

México: Fondo de Cultura Económica, 1999

Juan David Delgado C. / Leydy J. Diossa J

Buscando aportar claridad a la sociología sobre un proceso ambiguo e impreciso, Zygmunt Bauman aborda la globalización, no como el término de moda que se invoca para dar cuenta de cualquier suceso contemporáneo, sino como un fenómeno abarcante y complejo que trae consecuencias a menudo olvidadas o ignoradas. El sociólogo polaco entiende que la “compresión tiempo/espacio” es uno de los procesos que permite explicar más fielmente las continuas transformaciones que produce la globalización en sus consecuencias humanas. En este sentido, el autor no ofrece nuevas teorías o postulados teóricos para entender el problema; más bien se esfuerza por mostrar las tensiones, las contradicciones y los efectos “antinómicos” del mencionado proceso, teniendo como norte una de las preocupaciones clásicas de la sociología: la pregunta por el origen de las divisiones, las diferenciaciones y las jerarquías sociales.

El planteamiento principal con el cual abre Bauman la discusión sobre la actualidad y la posición que ocupa la globalización, gira en torno al espacio de lo global y lo local, asumiendo que para algunos el primero se presenta como una “nueva libertad”, mientras para otros el segundo se expresa como un “halo cruel e inesperado”. De ahí su interés en las implicaciones que estas dimensiones juegan en torno a la construcción de significados y valores, y a la condición de ventaja y desventaja que implica la participación en alguno de esos dos “extremos”.

La obra de Bauman está conformada por 5 ensayos, “Tiempo y Clase” abre el panorama. En este capítulo el escritor de ascendencia judía busca explicar por qué ser local en el escenario de la mundialización se convierte en una “señal de penuria y degradación social” (p.9). La reflexión se sitúa en la nueva libertad del capital encarnada en los propietarios ausentes o “ausentistas” que, al no estar sujetos al espacio ni a ninguna otra determinación geográfica, se encuentran en libertad para trasladarse allí donde anticipen la probabilidad de mejorar sus utilidades, despojándose al mismo tiempo de todas sus obligaciones laborales, fiscales, contraídas tradicionalmente con la comunidad, la nación o el lugar en donde se invertía.

De este modo, y dado que los centros donde se toman las decisiones se han liberado de las limitaciones del territorio y la localidad, la movilidad adquirida por los inversionistas da lugar a una inédita autonomía del poder extraterritorial, que por esa vía se despreocupa de las devastadoras consecuencias producidas, esas sí, territorialmente. Por esto, este sociólogo puede afirmar que la movilidad se ha convertido en el “factor estratificador más poderoso y codiciado de todos” (p. 16); para él es el referente a partir del cual se construyen y reconstruyen, a escala mundial, nuevas jerarquías sociales, políticas, económicas y culturales.

En la actualidad, las únicas posibilidades de controlar esta evasión de las responsabilidades sociales de la producción estarían a cargo de los poderes administrativos, los cuales sin embargo –nos recuerda Bauman– son cada vez más débiles. Dadas las presiones que sobre ellos se ejercen desde fuera, se elimina la posibilidad de la discusión y se pasa a una negación de la alteridad, a una aplicación forzosa de las decisiones que permite fácilmente la fuga del capital, como una solución más cómoda.

Si bien es cierto que hemos venido presenciando una disminución de las distancias espaciales y temporales (“el fin de la geografía”), también es cierto que los límites geográficos, que se hacen incontenibles en la actualidad, están definidos en función de su producción social específica; su significado depende de la forma a través de la cual se los considera y se intenta superarlos. Bauman expone cómo esta tendencia hacia la indiferenciación entre el “aquí” y el “allá”, el “interior” y el “exterior”, se ha mantenido tanto en el presente como en el pasado: las elites de todos los tiempos se inclinaron a despreciar las fronteras teniendo mayor relación con las elites de otros lugares que con la misma población, mientras que por otro lado, las clases inferiores mantenían y mantienen un gran interés por los lazos locales que se crean.

Sin embargo, continúa Bauman, la “comunidad local” nacía y se alimentaba de estas delimitaciones, su naturaleza estaba dada por la separación entre “lo cercano”, entendido como lo habitual, lo familiar, lo conocido y lo certero; antítesis de “lo lejano”, caracterizado como lo inusual, lo difícil, lo extraño y lo incierto. La desaparición de las totalidades socioculturales y políticas ha sido, y está siendo posible, debido al desvanecimiento del contraste entre el tiempo utilizado en la comunicación instantánea al interior de la comunidad, y la magnitud de tiempo empleado en la comunicación otrora demorada al exterior de la colectividad. En este sentido, para el autor de “Modernidad Líquida”, la fragilidad y el resquebrajamiento de las comunidades parece tener su origen en la desaparición de ese contraste: “la comunicación intracomunitaria no tiene ventaja alguna sobre la intercomunal, si ambas son instantáneas” (p. 24).

A su vez, esta pérdida de valor y de significado que padecen las comunidades trae nuevas consecuencias, la nueva velocidad, origen de este proceso, también da lugar a una nueva polarización. La incorporeidad del poder, su ingravidez, asegura a unos la

libertad de crear nuevos valores y significados, mientras que para otros augura el estar condenados a la insignificancia, a la incapacidad de generar y mantener identidades. En este orden de ideas, se argumenta que este poder busca mantener aislada de sí a la localidad, consiguiendo, a través de los “espacios prohibitorios”, esa seguridad del aislamiento que le otorga inmunidad a quienes lo ejercen. Así no sólo se logra una infalibilidad del poder extraterritorializado, sino que también se debilitan y desintegran las “formas locales de solidaridad y vida comunitaria”. Por esto, para Bauman, la oposición entre la creciente territorialización y la progresiva desterritorialización constituye una contradicción “antinómica”, dado que —como hemos visto— “la desterritorialización del poder va de la mano con la estructuración cada vez más estricta del territorio” (p. 30).

“Guerras por el Espacio” constituye el segundo ensayo de la obra de Bauman. En este aparte, el sociólogo muestra cómo en la época moderna el Estado fue el agente encargado de unificar el espacio como una estrategia de dominación nacional que, al tiempo que agrupaba, eliminaba las distinciones espaciales locales. Así, la legibilidad y transparencia del espacio se convirtió en uno de los objetivos principales de este aparato moderno para imponer la soberanía y la exclusividad de su poder. El fin último del Estado moderno, estuvo orientado a lograr enmarcar la estructura espacial de poder que le pertenecía, y a eliminar cualquier tipo de resistencia o interpretación alternativa que se convirtiera en una propuesta ilegible para las autoridades; se intentaba principalmente convertir el mundo en un lugar cuya administración fuera menos incierta para el Estado, en la medida que fuera lo más legible y transparente posible a sus intereses.

Con la invención de la perspectiva, que trasladaba la concepción del espacio a la situación relativa del punto de apreciación, el centro de gravedad de la organización espacial se desplazó hacia la búsqueda del punto privilegiado de observación desde el cual se pudiera obtener el mayor control. Con esto estuvieron sentadas las bases del panóptico que manipulando la incertidumbre de estar vigilado, fundada en la constante visibilidad de los vigilados por contraposición a la total invisibilidad de los supervisores, imprimía la nueva dinámica del control y el poder estatal.

De otro lado —asegura Bauman—, el modelo Panóptico vino a reforzarse aún más como consecuencia de haber pretendido “reformular el espacio” a partir de los mapas uniformes y uniformadores que habían sido trazados de acuerdo con los patrones de funcionalidad, homogeneidad y, por lo tanto, permutabilidad de los arquitectos. Estos proyectistas y urbanistas planteaban una ciudad utópica que más que representar a las ciudades reales, parecían sacarlas de sus sueños, en los cuales se negaban las influencias de los accidentes históricos, donde reinaba la racionalidad y se negaban “las contingencias ingobernables de la historia”. La guerra contra la contingencia histórica del espacio, efectuada con las armas de la planificación estricta, detallada y

exhaustiva, trajo resultados tan aterradores como irreversibles: Los miedos urbanos contemporáneos crecieron alrededor de la idea del “enemigo interior” al cual se debía aislar fortificando las barreras del propio hogar.

En este sentido experimentamos hoy, como lo expone Bauman, una especie de apaciguamiento del hombre en la ciudad, una eliminación de los espacios públicos: las ciudades se convierten en un espacio de intolerancia e indiferencia, tanto para nativos como para foráneos, donde crece el miedo al tiempo que aumentan los sistemas de seguridad. El enemigo se traslada del exterior al propio interior, no hay una preocupación por la seguridad en toda la ciudad, sino una mayor intranquilidad por la seguridad individual o individualizada; evitar el encuentro con el otro se convierte en la mejor estrategia para sobrevivir en las megalópolis modernas.

Para concluir el capítulo, Bauman emprende la búsqueda de una alternativa contemporánea al modelo Panóptico. En su concepción —como decíamos—, el Panóptico se funda en una asimetría de la vigilancia donde “los menos vigilan a los más” para inculcar la disciplina y los patrones de conducta aceptados socialmente. Sin embargo, con esto se ha dejado de lado el proceso moderno paralelo: el Sinóptico. Con este término el autor busca retratar una nueva técnica del poder mediante la cual “muchos observan a pocos”, allí los vigilados se transforman en vigilantes, al mismo tiempo que son transportados al espacio virtual. El Sinóptico, personificado en los medios de comunicación de masas, no necesita ser coercitivo, su lógica es la de seducción para convertirse en observadores. No obstante, el Sinóptico no es el paraíso de la igualdad y la equidad, para Bauman, significa más bien una sofisticación del poder y la dominación.

En el tercer capítulo de su libro “Después del Estado nacional... ¿Qué?”—, Bauman aborda el problema del Estado nacional en la era de la Globalización. En este lugar se pone de manifiesto cómo las fuerzas transnacionales, o más bien, la “transnacionalidad” de las fuerzas, erosionaron las bases políticas de los Estados nacionales. Con la caída del bloque comunista se hizo explícita la imagen del mundo, no como una totalidad compuesta de dos grandes potencias, sino como un campo de fuerzas desiguales, dispersas, ingobernables y descentradas, a lo cual se llamó globalización. De ahí surge la pregunta obligada: ¿Cómo surgió este estado de cosas que hoy se nos impone?

Para Bauman, el Estado fue la agencia moderna que reclamaba el derecho legítimo de formular e imponer las normas que regulaban los asuntos dentro de un territorio determinado. Así, la soberanía del Estado nacional se sustentaba en el “trípode” de las soberanías militar, económica y cultural. Sin embargo, esta autosuficiencia y autonomía estatal, construidas sobre estos 3 pilares, dejó de ser una perspectiva viable ante la increíble movilidad de las fuerzas transnacionales. En el escenario de la mundialización, la capacidad organizadora del Estado moderno se centró en el desarrollo de políticas de desregulación, liberalización y fluidez que fueron minando su propio poder decisorio.

El capital financiero se mueve por el mundo con la velocidad de un correo electrónico, es decir, se mantiene libre de cualquier restricción territorial, no tiene domicilio y se mantiene fuera del control de los gobiernos nacionales y de sus políticas económicas. El Estado nacional se ve cada vez más desvanecido gracias a las consecuencias de la transnacionalización del capital financiero, el cual se mantiene progresivamente más anónimo. La diferenciación entre el interior y el exterior del Estado se hace cada vez menos notoria, ya que no puede distinguirse entre el mercado interno y el global, dadas las nuevas condiciones externas al Estado. El control mundial se evapora, y sin embargo, se siguen manteniendo localizadas las formas de control y de imposición del orden que resuelven problemas igualmente locales, ¿Cómo puede explicarse esto?

Según Bauman, en la actualidad, al Estado se le asigna la función de mantener el “presupuesto equilibrado” frente a las intervenciones que tiene la aplicación de políticas de anarquía en el mercado. Lo anterior muestra entonces cómo el comercio global y sus finanzas, antes que buscar una unidad mundial, se sustentan sobre la fragmentación política del globo, pero no en la fragmentación de cualquier Estado, sino de aquellos más débiles que pueden ser reducidos a una función de administración local de policía que mantenga las condiciones necesarias para que los inversionistas extraterritoriales hagan sus negocios sin ningún tipo de temor. El Estado nacional ha quedado reducido a ser una instancia “policial” y “coercitiva” que se desvela por los intereses del capital transnacional, a quien tiene que asegurarle “protección” y “confianza” para invertir. En esta línea, globalización y territorialización son procesos recíprocamente complementarios, son las dos caras de una misma moneda: “la redistribución mundial de la soberanía, el poder y la libertad para actuar” (p. 94).

En lo que hemos venido exponiendo, está de fondo, una marcada orientación hacia la liberación de las posibilidades de “libre comercio” (obviamente restringido sólo para algunos), unida al progresivo control y restricción en los países cuyos Estados se han debilitado. Contrario a lo que se cree comúnmente, Bauman nos muestra cómo los términos globalización y territorialización son expresiones que denotan “procesos recíprocamente complementarios”, cuya principal consecuencia se expresa en la reestratificación mundial, que crea jerarquías no sólo a nivel comunitario, sino también mundial, y no sólo referidas a la esfera económica sino también en relación con la libertad de movilización de los individuos.

El desarrollo expositivo que muestra Bauman, nos lleva a definir el término globalización en función de la movilidad espacial, y la relativización del tiempo. Según el autor vivimos en una época donde “ningún individuo” (por lo menos el que quiera estar “actualizado”), debe ni puede estar quieto. La relativización del tiempo convierte la movilidad en casi instantánea, las acciones se comprimen, es decir, se pierde la noción de límite tanto espacial como temporal.

La sociedad contemporánea crea individuos orientados hacia el consumo y se les presenta como norma cumplir esta función. Ahora no existe ya el dilema antes planteado por muchos pensadores: ¿El ser humano vive para trabajar o trabaja para vivir?; sino que se cambia por: ¿El ser humano vive para consumir o consume para vivir?, pero en el fondo de esta pregunta está la indagación acerca de la capacidad de la persona para diferenciar esferas como el consumo y la supervivencia, tan íntimamente relacionadas en la actualidad. Los objetos no se presentan a las personas como medios duraderos para satisfacción de necesidades, sino que por el contrario, se les exige hacer uso de dichos objetos de forma rápida permitiendo que se desvanezca de forma fugaz el deseo que éste satisface.

En síntesis, esta es una obra que por su estilo podría aparentar sencillez en el tratamiento teórico del problema, sin embargo, vista más de cerca, se observa una descripción profunda y completa de los principales problemas y paradojas de la globalización, analizada desde sus diferentes implicaciones. En su desarrollo, el autor –como acostumbra– no se detiene en la prescripción de recetas y “solucionarios” a las encrucijadas creadas por la mundialización, más bien se preocupa por una clara descripción de los efectos, aparentemente, contradictorios de la globalización, derivados a su vez de las principales tensiones que la gobiernan. Así regulación/desregulación, territorialización/desterritorialización, localización/globalización, turistas/vagabundos, movilidad/inmovilidad, libertad/prohibición, sólo vendrían siendo caras de la misma moneda; efectos tan disímiles como interrelacionados y no por eso menos catastróficos ni desiguales que los de antaño.

**JUAN DAVID DELGADO C.  
LEYDY J. DIOSSA J.**

E-mail: [jddelgadoc@unal.edu.co](mailto:jddelgadoc@unal.edu.co)  
[ljdiossaj@unal.edu.co](mailto:ljdiossaj@unal.edu.co)